

La muerte del aitatxi Juan Miguel

Suelo permanecer muchas horas al día junto a la lumbre, se me pasan las horas y los días volando. A veces incluso creo que soy la propia lumbre. Decir que me siento como vacío, quizás pueda sonar mal, o depresivo, pero lo cierto es que nunca me he sentido tan bien. No deseo nada, no añoro nada, tan solo estoy. Otras veces, en los meses más cálidos, me dejan sentado en la mecedora junto a la ventana, y me muevo tan imperceptiblemente, que creo que nadie se da cuenta de que me estoy meciendo. He dicho nadie, pero quizás Lau sí se da cuenta, y mueve las orejas cuando me paro. Lau es un perro que lleva conmigo 20 años, y me ayudaba con el ganado, lo mismo que me ayudó su madre.

No hay mucho que mirar a través de esa ventana, excepto la fuente que está justo frente a la casa con sus tres caños de agua fresca que viene directamente de un manantial del puerto, a dos o tres kilómetros del pueblo, monte arriba. La calle es solitaria, siempre pasan los mismos. ¿Quiénes iban a pasar?. José, el de casa Goienekoa, que a la una en punto, llueva, haga frío o calor se dirige a la Herriko, la sociedad del pueblo, para tomarse sus dos vasos de vino. Pedro, el de casa Maisterrena, y en alguna ocasión Eladio, el joven de Irigoyena con el ganado. Es raro, pero a veces entra en el pueblo algún coche, para en la fuente, beben agua y se dan la vuelta. ¿Qué van a hacer?, el pueblo no tiene salida.

Juan Miguel es mi nombre, pero ya nadie me llama así, todos me llaman Aitaxi. Me suena mejor, ya que Juan Miguel solo me sonaba bien cuando me llamaba mi mujer Aurora, pero ella murió hace 15 años, no son tantos, tras un infarto de corazón fulminante nada más terminar de comer.

Ese día se me ha quedado extrañamente gravado en mi memoria, y casi podría reconstruirlo minuto a minuto, a diferencia de tantas y tantas cosas que no me acuerdo para nada, o las confundo y mezclo personas, lugares. Terminado el postre Aurora, se sintió indispuesta y se acostó. Su aspecto no era nada bueno y se quejó de un dolor muy intenso en el pecho.

Llamé a Don Enrique, el médico del valle, que no tardó más de diez minutos en llegar. Nada más auscultarla señaló que se trataba de algo muy serio. Él mismo llamó a la ambulancia, informando de que se trataba de un infarto. En el traslado a la ciudad, Aurora murió.

Don Enrique es de esa clase de médicos que no solamente se interesa por los órganos del cuerpo, sino que se fija en cómo te encuentras de ánimo, si hay algo que te preocupa, o si tienes alguna ilusión o proyecto entre manos. Solía decir que la persona no es una máquina que se estropea y hay que reparar o desahuciar, sino que es un organismo complejo en el que todo está en interacción, lo que comemos, lo que pensamos y sentimos. Todo va tejiendo la salud y uno puede aprender a tejer.

Sesenta y dos años tenía Aurora, y yo sesenta y seis.

Al principio, después de su muerte, lo pasé mal, muy mal, la echaba mucho de menos. Aurora boreal me gustaba llamarla.

No sé para qué cuento esto, porque hacía tiempo que no pensaba en ella, pero últimamente aparece incluso en mis sueños, es como si me llamara.

Al principio me acordaba mucho de sus pechos, ¡cómo me gustaban!. Cuando los descubrí en la juventud, ni sé los años que hace de eso, pensé que tenía un tesoro, también me acordaba de su cintura y que reclamara mis brazos que entonces eran fuertes,

qué decir de su pubis de musgo rubio, que me acompañaba en mis sueños de lujuria.

Tuvimos dos hijos. Idoia, la mayor, que murió a los seis meses de nacer de una meningitis, e Iñigo, que nació dos años más tarde y es con quién vivo, junto a mi nuera y mis nietos.

A los meses, de morir Aurora, fui progresivamente dejando de salir y me entregue a una de mis pasiones, la lectura.

Ya sé que es una afición muy poco frecuente, no solamente en mi gremio de ganaderos y agricultores, sino que en el mismo pueblo, nadie mostraba tanto interés por ello. Incluso a Aurora no le parecía bien que me gastara los cuartos comprando libros, así que optaba por ocultárselos. Los compraba siempre que iba a la ciudad, y los iba escondiendo en cualquier lugar de la casa, preferiblemente en los rincones de la antigua cuadra, o mayormente en la borda. Seguro que ella lo sabía, pero ya no me decía nada. Tras su muerte no tenía que andar a escondidas, así es que me fui volcando en ello, y conforme iba delegando más trabajo en Iñigo, pude dedicarme más y más a la lectura. De este modo el dormitorio se llenó de estanterías y de libros y más libros.

Esto duró unos cuantos años, pero ya llevo un par o quizás más, que ya no me interesa leer, ¿total para qué? Así que ya ni leo, ni hablo, excepto con mis nietos Irati de 6 años y Martintxo de 8, y por supuesto con mi inseparable Lau, a quién me dirijo con cierta frecuencia, siempre que no haya testigos. Con ellos, lo poco que hablo, lo hago en la lengua que aprendí de mis padres, y que por esos cuentos que nos metieron de que no sirve para nada, de que mejor en castellano, que con ella no se puede estudiar, etc. dejamos de utilizarla Aurora y yo, e hicimos que nuestro hijo no la aprendiera. Sin embargo las cosas ahora han cambiado, y mis

nietos van a la escuela y estudian en vascuence, euskera que dicen ellos.

Me gusta cuando llegan de la escuela por las tardes y suben las escaleras corriendo, y vienen a darme un beso y me preguntan antes de dármelo “Aitatxi, esnatu zaude?” (Abuelo, ¿estás despierto?)

Irati tiene el mismo color de ojos azul intenso de su abuela Aurora. De tez blanca, de pelo dorado con reflejos rojizos y con pequitas caprichosamente colocadas en su nariz. Mientras que Martintxo es de piel tostada, de ojos oscuros rasgados, y de pelo negro y liso. Y no es de extrañar que sean tan distintos, ya que a Martintxo lo trajeron desde Bolivia, cuando apenas tenía un par de meses.

Estos son mis nietos, mis queridos nietos. Los únicos, junto a Lau, a los que me dirijo en alguna ocasión.

Martintxo e Iratí son los únicos niños del pueblo, y un autobús los recoge todos los días a las 7,45 de la mañana para llevarlos a la concentración escolar que está en otro pueblo del valle a seis kilómetros de distancia.

Yo ya sé que mi vida está llegando a su fin, y creo que mi hijo Iñigo y mi nuera Itziar también lo saben, aunque no hablamos de ello, o mejor dicho no hablan de ello, porque yo no hablo, y además había decidido no decirles nada, total ¿para qué?. Así que permanezco casi todo el día en silencio, y con los ojos cerrados.

Para mí, morir no es un castigo, es una etapa de la que tengo algo que aprender. Siempre me atrajo el silencio, he tenido la suerte de que mi trabajo me permitía estar muchas horas al día en contacto con la naturaleza. Fui aprendiendo a mirar, observar, escuchar, estar en silencio. A veces ocurría que mientras me quedaba observando una cardelina y escuchando su canto, pongamos por caso, tenía una extraña sensación de bienestar y plenitud, en la

que sólo está el pajarillo, sus colores y su canto. Me daba cuenta de que dejaba de pensar y el tiempo se aquietaba hasta casi detenerse. Incluso, en ocasiones, me fundía con lo observado, entonces ocurría lo que empecé a llamar el encuentro. Así que al llegar a casa les decía hoy me he encontrado con una cardelina, o con un árbol.

Ahora, todos los días son muy parecidos. Sobre las nueve llega Yolanda, una mujer joven y vigorosa. Algo más joven que mi hijo Iñigo, y que se encarga de mi aseo y de darme el desayuno. Lleva casi dos años viniendo y tan sólo hablé con ella el primer día, para decirle escuetamente que apreciaba mucho a su abuelo Felipe, al saber que era de casa Sastrearena, de otro pueblo del valle.

Me gusta cómo me asea. Empieza por la cara, bueno primeramente trae dos palanganas con agua tibia, tres toallas y una esponja jabonosa. Me gusta el olor de ese jabón. Después de la cara y secármela, es tiempo de brazos y manos. Me deleita que me lave las manos, y yo dejarme. Después viene la espalda, los glúteos, la comisura anal que me agrada, un trabajo minucioso, rápido y eficaz. Por delante, con la misma naturalidad limpia mi pecho, mis piernas, pies y mis pelotas jubiladas. Cuando pasa la esponja húmeda por los testículos, siento que eso me hace bien, aunque no aspiro a resucitar aquella firmeza de antaño. Este ritual diario que apenas dura diez minutos, se altera los viernes que es el día del afeitado con la maquinilla. Todo ello lo hace en la cama con una precisión y maestría admirable. Yo estoy muy agradecido y satisfecho con su trabajo, y aunque nunca se lo he manifestado, estoy seguro que ella lo sabe. Sin embargo Pili, la que le sustituye los fines de semana y las vacaciones, no muestra ningún miramiento por estos escombros que se resisten a su ruina en lo que se ha convertido mi cuerpo, y tiene una forma de secar mis

vergüenzas, que la temo, ya que las agarra y aprieta de la misma manera que agarra el pie o la rodilla, y definitivamente no es lo mismo. Además no calla, habla y habla sin decir nada, es puro ruido lo que emite. En cambio Yolanda es mi principal informadora. “Aitatxi, ¿ya se enteró de que prendió la chimenea de la casa Apezenekoa?, menudo susto se dieron. Y no es tanto lo que hizo el fuego, como el destrozo que ocasionaron los bomberos”. Otro día hacía referencia a los prados. “Cómo no llueva no sé qué va a ser. El ganado en el puerto no tiene qué comer”. Otras veces era sobre el campeonato de pelota, o el terremoto en Chile, o la guerra en Afganistán. Y aunque yo no le digo nada, me gusta que me tenga al día.

En los libros he aprendido muchas cosas, pero quizás lo que más me está sirviendo es a estar tranquilo y respirar profundamente desde el bajo vientre, sin intención alguna y así estar sereno, lúcido y abierto.

Ahora tengo ganas de irme. No me voy a quitar la vida, pero no hay nada más seguro que querer morir. Eso siempre lo supe. Uno muere cuando realmente quiere morir y se entrega, sin pelea, ni estridencias que tanto me molestan. Será hoy, o mañana, o quizás pasado. No mucho más. Soy consciente de que a mi hijo y mi nuera les dolerá mi ausencia, creo que ya se habían acostumbrado a mi presencia, pero también creo que sentirán cierto alivio, y además no les voy a dar ninguna guerra, quizás ni se den cuenta o tan solo cuando falten cinco minutos y me cojan de la mano, pero yo no les diré ni mu, si acaso miraré a mis nietos Martintxo e Irati, y les diré sin palabras, agur, no tengáis miedo. Y me iré.

Pays del Adi